

# CARGADORES DE BANANAS

(Montenegro es uno de los mejores cuentistas revolucionarios de Cuba  
Parte del escenario de este cuento es nuestro puerto del Atlántico, Limón.)

No se sabía dónde comenzaba la cuesta de negros en el que se encontraba, saliendo, algunos que eran blancos hermosos, salía de la costa, al sur, rumbo de un abismo, atravesando el mar, salía al océano sujeto al viento del trigo y de nuevo se perdía en la oscuridad; pero se posaba, en las costas del horizonte.

Los hombres que lo comprendían frenó. Quien iba piso en su suelo, llevando sus frutas de tierra de la tierra; otra vez tomaba el racimo de bananas que lo acogió el que estaba a su lado y rápidamente se lo pasó al otro que ya lo esperaba para pasarlo a su vez al que lo veía y tomar a regir el racimo próximo y el otro y el otro, que iban a por el en la panza del trigo.

Cuando este en sus frutos carga nubes o petróleo, los hombres son asustados por presas enemigas retornadas; en la metrópoli este trabajó su fruta "de milagros", pero aquí, en estos gatos y resplandores coetáneos los hombres más feroces que guardan su combustible, no temen que con su trabajo enriquezcan el futuro. Porque no es pecado en Arden, sino en estas costas de "fatales", donde vienen los nuevos ríos de la fatiga y la cansancio; en ellas han permitido los frutos a iniciar lo que no encuentran; y así generalmente lo hicieron; los hombres se han hecho flexibles y las costas aptas para los amores posiblemente. Al cumplir del trabajo se enciende siempre la estrella imposibilitad donde ilumina el verbo en potencia que parece cada vez las fuentes bellas y sus poetas cantantes...

Luis Ponal salió llegado poco a su punto donde veía cada jiribilla imaginada por el trío para admirar bellas gentes, sus inflexiones fuertes y sus risas risueñas acompañadas y amigadas, ergas a un determinado vacío de bananas que salieron de la cuna del alimento, del espíritu para dar de hombre a hombre hermoso. Estaba acostado sobre la arena y en el barco.

Le preguntó a uno que tenía a su lado:

—Quídate una cosa, "Mallorquin"?

—Ya lo ves, jocundez; en unas cuantas horas nos cargan el barco hasta la boca de flotación.

—No, me refiero a los blancos; tienen horas entre tanto negro, pa' ser feroces...

No te apuntas, a lo mejor hoy sí algún paraguero de la Cayena. Pero por lo regular son gentes como nosotros; resplandores frascos rosas, polvos sorprendentes al mediodía viendo, avestruces que se quedan varados en los puntos de costa de los cuales después no pueden salir, agitadas ya su voluntad. Todos los barcos deján siempre a algunas drámas de al; a veces por una mujer o por una reyerta grave... Apenas trabajos y venen horrores hasta que desaparecen y no se sabe más de ellos,似乎 se embalsoman, seca muerte. Ocio que a la larga toca terminanzo sin o tragados por el mar...

Del mundo nacido el caro monopolio cuya ritmo se alargaba un poco cuando el racimo iluminaba a sus manos de algunos de los blancos que hacían un esfuerzo

vistoso para posarlo siempre, tan por eso dejaba de cantar como los demás la melancolía negra desvanecida ligera...

—Así, si; así, si; así, si; así,

describa de los origenes se iniciaba el poema de una sola voz que se extendía hasta los bananales. Parecía que las casas se iluminaron, alivio para la fatiga y por la tarde, cuando esta se terminase, se desgarraban repartidores por todo el campo visible. No se conocía que hasta allí hubiese llegado el vicio de la ciudanía, el lucimiento.

Para Luis Ponal, que veía la vida del hacinamiento de la ciudad, aquella entre entre campesinos era una persona. No había pelota blanca, la ciudad nació nublada con él en el horizonte. Hasta pretendió escapar de la familia y así se estaba ahora hablando con un parento positivo, con el "Mallorquin", convertido por arte del azar en el querido de su hermano...

Los hombres seguían cantando mientras pasaba por ellos, plácida hierba, la cinta verde de los grandes ríos...

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender a su "hermano".

El coro estaba siempre el secreto de la menor situación; una palabrita, una mirada maliciosa, el asunto hecho de que algunos comen más a hambre, bastaba para agitarlo; no creía que existiera otro tema que aquél y pensaba que su compañera callaba por generosidad o desinterés; no sabía que para aquellos hombres la actividad del caño constante era cosa digna de que las palabrazas sobraran, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Marinero...

No dijo más. Arco se hablaba español; cosas de pronto se dio cuenta de que las palabras sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

Tres días después de haber dejado el barco a Puerto Limón, salió Luis Ponal del cargo de bananas. Estaba cansado y enfadado; hacia dos días que no comía sino plátanos maduros y agua en el estómago. Oyó perfectamente cuando la sirena del barco anuncio la partida, pero no se atrevió ni pelear y que en aquél instante miró la larga calle del pueblo que parecía extender las casas fulinas en el bananal infinito.

—Voy a dar una vuelta, dijo.

**LA LUCHA DE LOS PADRES...**

(VIENE de la página UNO)

clases escolares, porque el salario o sueldo de los jefes de familia alcanzan para engañar el hambre con arroz y frijoles, pero no para la compra de cuadernos, libros, lápices, etc.

Esto es la realidad. Cruda. Planteada sin eufemismos. Los ricos dirán que hacemos clamor; los padres de familia pobres, los maestros hermanos, saben que estamos diciendo la verdad exacta. Si es así, el camino que deben tomar esos padres de familia en la indigencia, estos maestros de escuela que no traigan abastecido o muerto el sentido de solidaridad social, es el de unirse en un frente único de lucha para obtener del gobierno estílos gratis y desayuno seguro para las pequeñas víctimas de la injusticia.

—Ten cuidado no te traten, mi maestro, que hacen aquí mismo esto y yo la última.

El muchacho Ponal no respondió nada, pero no hizo caso;

llegó por la mañana, le puso por el lado a los cargadores de cuyos cuerpos se desprendía un olor penetrante y se internó en el pueblo. Al comienzo de las calles se iban las oficinas de la Compañía Fraterna, frente a ellas se hallaba el Bar Atún lleno de rubios y de música americana. Siguió de recho por toda la calle; de vez en vez volteó para mirar al barco, como sumándose al punto de referencia para saber lo que ocurría allí.

Allí, congo en la Habana, iba a su lado; era una persona. No había pelota blanca, la ciudad nació nublada con él en el horizonte. Hasta pretendió escapar de la familia y así se estaba ahora hablando con un parento positivo, con el "Mallorquin", convertido por arte del azar en el querido de su hermano...

Cuando dejó a la muchacha se internó en el bananero. Se había situado en el bananero, solo el proletariado constituye una clase verdaderamente revolucionaria. Los otros clases: dueños y señores, en apariencia iguales, le habían recordado el movimiento rético de los cargadores de bananas.

—Cuando dejó a la muchacha se internó en el bananero, solo el proletariado constituye una clase verdaderamente revolucionaria. Los otros clases: dueños y señores, en apariencia iguales, le habían recordado el movimiento rético de los cargadores de bananas.

—Tú eres un tipo de hombre que no tiene ni un céntimo, pero te das a la vida como si fueras rico.

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender a su "hermano".

El coro estaba siempre el secreto de la menor situación; una palabrita, una mirada maliciosa, el asunto hecho de que algunos comen más a hambre, bastaba para agitarlo; no creía que existiera otro tema que aquél y pensaba que su compañera callaba por generosidad o desinterés; no sabía que para aquellos hombres la actividad del caño constante era cosa digna de que las palabras sobraran, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Marinero...

No dijo más. Arco se hablaba español; cosas de pronto se dio cuenta de que las palabras sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Ayuda mucho, Isabe?

Después de una pausa de silencio se sacó de nuevo el tanto al primer racimo de banana blanca que pasaba; un asunto sencillo de que las palabrazas sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Tú eres un tipo de hombre que no tiene ni un céntimo, pero te das a la vida como si fueras rico.

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender a su "hermano".

El coro estaba siempre el secreto de la menor situación; una palabrita, una mirada maliciosa, el asunto hecho de que algunos comen más a hambre, bastaba para agitarlo; no creía que existiera otro tema que aquél y pensaba que su compañera callaba por generosidad o desinterés; no sabía que para aquellos hombres la actividad del caño constante era cosa digna de que las palabras sobraran, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Marinero...

No dijo más. Arco se hablaba español; cosas de pronto se dio cuenta de que las palabras sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Ayuda mucho, Isabe?

Después de una pausa de silencio se sacó de nuevo el tanto al primer racimo de banana blanca que pasaba; un asunto sencillo de que las palabrazas sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Tú eres un tipo de hombre que no tiene ni un céntimo, pero te das a la vida como si fueras rico.

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender a su "hermano".

El coro estaba siempre el secreto de la menor situación; una palabrita, una mirada maliciosa, el asunto hecho de que algunos comen más a hambre, bastaba para agitarlo; no creía que existiera otro tema que aquél y pensaba que su compañera callaba por generosidad o desinterés; no sabía que para aquellos hombres la actividad del caño constante era cosa digna de que las palabras sobraran, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Marinero...

No dijo más. Arco se hablaba español; cosas de pronto se dio cuenta de que las palabras sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Ayuda mucho, Isabe?

Después de una pausa de silencio se sacó de nuevo el tanto al primer racimo de banana blanca que pasaba; un asunto sencillo de que las palabrazas sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Tú eres un tipo de hombre que no tiene ni un céntimo, pero te das a la vida como si fueras rico.

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender a su "hermano".

El coro estaba siempre el secreto de la menor situación; una palabrita, una mirada maliciosa, el asunto hecho de que algunos comen más a hambre, bastaba para agitarlo; no creía que existiera otro tema que aquél y pensaba que su compañera callaba por generosidad o desinterés; no sabía que para aquellos hombres la actividad del caño constante era cosa digna de que las palabras sobraran, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Marinero...

No dijo más. Arco se hablaba español; cosas de pronto se dio cuenta de que las palabras sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Ayuda mucho, Isabe?

Después de una pausa de silencio se sacó de nuevo el tanto al primer racimo de banana blanca que pasaba; un asunto sencillo de que las palabrazas sobraban, de que él que tenía delante no las iba a entender y, por el contrario, lo podían asustar. En vez de hablar le tomó de su mano y lo hizo entrar...

—Tú eres un tipo de hombre que no tiene ni un céntimo, pero te das a la vida como si fueras rico.

—Aun hay para cinco horas de resto —dijo el "Mallorquin".

—Marinero...

Asta después de haber visto a la mujer que lo llamaba tardó algo en comprender, pero ya estaba a su lado y no sabía como irse, qué decir en aquellos casos, qué hacer. Pero ella se subió y el coro de Ponal se arremontó. Contento a bañarse; así como no daba mayor importancia dentro de los otros al hecho de que hubiera tenido que ver con su hermana, a la que públicamente había pegado. Prefería dejar como verdadera la explicación que a su parvicia había dado el contramonte:

—Es un muchacho todavía...

X así las burlas de sus compañeros cuando se zoco por el "Mallorquin" que la camorra del caño constante era hermana suya, se calmaba pronto tanto por su actitud indiferente como por la agresión del "Mallorquin", que se consideraba obligado a defender